

Un mundo diferente

Joseph Goebbels

Es asombroso, apenas creíble, cómo el estado del mundo puede cambiar por completo en poco tiempo. La guerra moderna habla su propio idioma, y las ideas y principios que hace veinte años constituían la teoría y la práctica militares habituales, ahora están totalmente desfasados y anticuados. Si se compara la situación mundial del domingo 7 de diciembre, día en que Japón dio al presidente Roosevelt la respuesta adecuada a sus insolentes provocaciones y desvergonzadas afrentas, con la de hoy, se llegará sin duda a la conclusión de que la posición de las potencias del Eje ha mejorado de un modo que incluso unos días antes los expertos militares y políticos habrían considerado altamente improbable.

Todas las confiadas predicciones de EE.UU. e Inglaterra se han derrumbado. Al parecer, los de Washington pensaban que la paciencia y la incansable persistencia de los negociadores japoneses eran signos de debilidad. Estaban tan sorprendidos por el repentino espíritu de ataque del ejército japonés que todavía no han encontrado una explicación plausible a lo sucedido. El entusiasmo nacional, la pasión patriótica y la devoción de un pueblo militar han obtenido una vez más un gran triunfo, mientras que los malabaristas liberal-demócratas se encuentran entre las ruinas de muchas de sus vagas esperanzas y sueños.

Estos acontecimientos no nos han sorprendido. Nunca hemos considerado a Japón, su ejército, su pueblo y sus dirigentes menos de lo que son hoy. Japón sufre los mismos problemas sin resolver que nosotros e Italia. No tiene espacio para su creciente población. Sufre una creciente escasez de materias primas y de perspectivas económicas. Sus planes para un nuevo orden en Extremo Oriente se ven forzados por la naturaleza y su situación geográfica y territorial.

A menos que desee renunciar a toda pretensión de ser una gran potencia, debe seguir las leyes que el destino ordena.

Está claro que el Sr. Roosevelt y su camarilla plutocrática nunca han entendido esto, y probablemente nunca lo entenderán. Ven las aspiraciones nacionales de Japón del mismo modo que un capitalista codicioso, que preferiría quemar su fábrica antes que dar a los trabajadores lo que necesitan para mantener una existencia básica, lo que es absolutamente necesario si quieren siquiera mantener la vida. Darles lo que necesitan no sería un gran sacrificio para el propietario, pero se mantiene firme por principios. En las relaciones entre grandes potencias, llega un momento en que las negociaciones no avanzan y hay que recurrir a las armas.

Es característico de la obstinada arrogancia mundialmente conocida de la camarilla de belicistas e incendiarios anglosajones que subestimaran por completo las capacidades y posibilidades militares de Japón, por lo que han tenido que pagar un precio escandalosamente alto. En Londres y Washington presumiblemente se están replanteando las esperanzas que tenían incluso hace dos semanas sobre la entrada de Estados Unidos en la guerra. En cualquier caso, se percibe una considerable decepción en las declaraciones públicas de los señores Roosevelt y Churchill, y las críticas a su comportamiento notablemente insensato que se han abierto paso a través de la dictadura de un censor diligente demuestran que esta decepción también es compartida por la opinión pública.

Desde luego, no subestimamos las posibilidades que les quedan a Inglaterra y Estados Unidos. Hemos dicho con frecuencia que colosos de la talla de estas dos potencias mundiales no caen en días, semanas o incluso meses. Debemos asumir que tenemos ante nosotros una lucha dura y despiadada en la que habrá altibajos, y que ni siquiera nosotros podremos evitar algunos reveses ocasionales. Eso no es decisivo. Lo que es decisivo es el hecho de que las posibilidades del Eje son mucho mejores, y que sus líderes no dudarán en aprovecharse de ello.

No se puede ignorar el potencial militar de que disponen. Sin embargo, una comparación con el tercer año de la Guerra Mundial es totalmente falsa en este caso. Entonces nos mantuvimos firmes durante cuatro años y sólo perdimos por culpa de un liderazgo débil.

Alemania entró en guerra en 1939 mucho mejor preparada que en 1914. La dificultad entonces era derrotar a Francia, el aliado continental tradicional de Gran Bretaña. Eso ya lo hemos hecho. Los Balcanes ya no son una amenaza. La Unión Soviética ha perdido su capacidad ofensiva y ya no es un factor decisivo en la guerra. Italia y Japón, dos potencias mundiales que se nos opusieron en la Guerra Mundial, luchan ahora de nuestro lado. Eso cuenta dos veces para nosotros, por no hablar de los innumerables imponderables espirituales y morales que nos favorecen. En conjunto, el actual equilibrio de fuerzas es totalmente diferente del que existía durante la Guerra Mundial.

Hoy en día no nos parece necesario basarnos en la creencia en nuestra invencibilidad nacional para predecir que la victoria es segura e inevitable. Los hechos nos llevan a esa conclusión. Hablan unánimemente en nuestro favor. Nuestras cifras son exactas, y si el otro bando propone cifras diferentes, dependen de una mala contabilidad. Las naciones neutrales están cada vez más de acuerdo. Las crecientes dificultades de la vida civil, inevitables dada la duración de la guerra, no tendrán mucha influencia en el resultado de la guerra. Son más o menos las mismas en ambos bandos. Si un invierno más largo de lo normal significa que las patatas llegan al mercado más tarde de lo habitual, no significa que crezcan más rápido en Inglaterra porque esté gobernada por plutócratas en lugar de por nacionalsocialistas. Si hay dificultades de transporte en otoño e invierno que afectan a las grandes ciudades y zonas industriales, las cosas no son diferentes para el enemigo. La gente hace cola en Inglaterra ante los estancos igual que aquí. El hecho de que ciertos bienes y lujos estén disponibles en las tiendas de allí es sólo una cuestión de su alto precio, que impide que las masas los compren, no las clases altas. Esto da la apariencia de prosperidad, pero no su realidad.

Lo que hay que tener en cuenta es que nosotros no consideramos estos factores importantes para nuestras posibilidades de victoria, mientras que Inglaterra ha construido sus esperanzas sobre ellos. A veces cometemos el error de ver las dificultades de la vida civil sólo aquí, suponiendo que el otro bando vive igual que en tiempos de paz.

Pero no es así. El hecho de que Inglaterra sea una isla es una desventaja, no una ventaja, dada la naturaleza de la guerra actual. Desde un punto de vista militar nos resultaría difícil invadir Gran Bretaña, pero a Inglaterra le resultaría al menos igual de difícil, y probablemente más, invadir Europa. Tenemos la ventaja de contar con líneas ferroviarias seguras. Inglaterra debe traer por barco todo lo que no puede producir por sí misma. Su flota corre hoy más peligro que nunca, como lo han demostrado recientemente sus derrotas en el Pacífico. A Inglaterra le resultará casi imposible atacarnos. Sus ataques en la periferia, aunque tengan éxito, no tendrán un impacto significativo en la situación general. Las islas británicas son prisioneras de su propia insularidad. La guerra terminará cuando Londres lo comprenda. Hasta que eso ocurra, Gran Bretaña tendrá que sufrir golpes recurrentes antes de asestar por fin el golpe fatal.

Japón ha demostrado una vez más el enorme poder de la dinámica nacional de un pueblo. Uno se siente profundamente conmovido por los relatos de las heroicas hazañas de los aviadores navales japoneses que desafían a la muerte. Japón sabe que, al igual que Alemania e Italia, lucha por su futuro, por su propia vida. La alianza de estas tres grandes potencias que a pesar de sus milenios de historia conservan una vitalidad juvenil es natural, el resultado del poder ineludible de una amarga lógica histórica. Ven en esta guerra su mejor oportunidad de existencia nacional. Sus dirigentes y sus pueblos saben lo que está en juego. Es cierto que se vieron obligados a entrar en esta guerra, pero la libran ofensivamente, no a la defensiva. Sus jóvenes en el frente arden de pasión por resolver con las armas los problemas vitales de sus naciones. Nunca antes habían tenido semejante oportunidad de poner a prueba su valor, su fuerza, su disposición viril. Se ven afrentados e insultados por los líderes de la plutocracia de una manera que descarta cualquier posibilidad de rendición. El Sr. Churchill y el Sr. Roosevelt todavía no tienen ni idea de dónde se han metido. Puede que hayan imaginado una guerra placentera en la que se pasearían por Berlín,

Roma y Tokio, apoyados por los pueblos de los países que habían sido seducidos por sus líderes. Pasaron por alto el hecho de que estos gobiernos sólo dicen y hacen lo que sus pueblos quieren, incluso insisten o exigen.

No hay mayor error que suponer una brecha entre estos gobiernos y sus pueblos. La Guerra Mundial fue sólo una insinuación de lo que se avecinaba para las naciones oprimidas, independientemente del bando en el que estuvieran. Esta guerra la libran personas que saben lo que hacen. No es sólo una lucha gigantesca por su honor o prestigio nacional, sino también una lucha por los elementos básicos absolutos de la vida, por el espacio, el trabajo, la comida y la vida misma. Es una lucha por poner fin a las crisis eternas, por una solución radical a los crecientes problemas de sus naciones, que ya no pueden dominar dentro de sus propias fronteras. Las potencias del Eje se han visto obligadas a defenderse. Lo harán sin miramientos sentimentales. Lo arriesgan todo. No se les detendrá con frases humanitarias. Los trucos democráticos no funcionarán aquí; la lucha es el único camino.

Un mundo determinado por tales factores es siempre cambiante, como demuestran los acontecimientos de las dos últimas semanas. Exige el máximo grado de alerta y preparación. Los dirigentes y el pueblo deben estar siempre alerta, listos para aprovechar cualquier oportunidad. Llegará el día en que el enemigo comience a desmoronarse. Nadie puede predecir cuándo será, pero todos sabemos que llegará.